

¿Quiénes somos nosotros?

Aunque el *yo* ha sido convertido en el referente máximo y casi único, los seres humanos -como la inmensa mayor parte de los seres vivos- no existiríamos sin el *nosotros*. Lo que ocurre es que la ideología dominante, desde la Ilustración europea, puso al *yo* en el centro del universo y sacralizó el éxito personal y la meritocracia, atribuyendo el éxito o fracaso en la vida exclusivamente al esfuerzo y el talento individuales. De esta ideología nacen mitos como el de “el hombre (en masculino) hecho a sí mismo” o el de la historia determinada por la acción de hombres (también en masculino) excepcionales.

En realidad, el *yo* humano no existe sin el *nosotros*; sin los diversos *nosotros* a los que cada quién pertenecemos tanto de forma automática como electiva. Un primer y obvio *nosotros* es el familiar. Sea cual sea el tipo de familia preponderante en cada sociedad y época histórica, el ser humano nace, se socializa y asimila una cultura y unos valores en ese marco al menos durante los primeros años de su existencia. Y esa familia tampoco es una isla autosuficiente sino que forma parte de otro *nosotros* de convivencia organizada -de un clan, una tribu o un pueblo-nación-- que es el *nosotros* cultural, social y político que marca su identidad personal. Asimismo, la adjudicación de un género determinado nos hace formar parte de otro *nosotros* identitario. Al igual que la posición socioeconómica nos coloca automáticamente en una clase social, aunque podamos no ser conscientes de ello. Y debemos añadir los *nosotros* a los que también pertenecemos, por educación o elección, contruidos en base a la ideología, sea religiosa, política o de otro tipo y que caracterizan fuertemente nuestra identidad personal.

Sin duda, a lo largo de nuestra vida, si es que estamos en disposición de hacerlo, podremos apartarnos de alguno o algunos de esos *nosotros* y cambiar de adscripción... optando por pertenecer a otros *nosotros* en los que nos sintamos más cómodos ética o psicológicamente. Pero es un espejismo creer que el *yo* puede vivir fuera de algunos concretos *nosotros*. Y en esta pluralidad de *nosotros* hay uno que se ha convertido en el eje para el acceso a los derechos humanos básicos: el *nosotros* de la nacionalidad, la pertenencia no electiva (salvo casos excepcionales) a estados que definen los requisitos para ser “nacional” e incluso para tener existencia legal.

Cada uno de los diversos *nosotros* a los que pertenecemos dibujan un (o unos) ellos respecto a los cuales pueden establecerse relaciones más o menos de reciprocidad o, más frecuentemente, ejercerse una actitud y unas acciones supremacistas: una familia puede convertirse en una mafia, un estado-nación (o supuesto estado-nación) puede ejercer la dominación colonial, externa y/o interna, sobre otros pueblos y blindar el acceso a la ciudadanía solamente para sus “nacionales”, y la diversidad de género, de edad, de origen étnico o de cultura (incluyendo en esta la religión y otras ideologías) puede tomarse como excusa para establecer desigualdades estructurales e incluso para negar el carácter plenamente humano de quienes no pertenezcan al *nosotros* adecuado: “nacional”-blanco-masculino-cristiano-autosuficiente económicamente (lo que explica el tardío acceso de las mujeres y de los trabajadores al cuerpo electoral en las sociedades “democráticas” europeas).

Finalmente, existe un *nosotros* que debiera ser el prioritario: el *nosotros* de la humanidad, de la raza humana, que es, a la vez, única y diversa. E incluso ese *nosotros* forma parte de otro *nosotros* más amplio que es el del ecosistema de nuestro planeta. Blas

Infante, desde el nosotros andaluz, los asumió de forma anticipatoria en dos frases rotundas: “en Andalucía no hay extranjeros” y “Andalucía por sí... para la humanidad”. Aquí y ahora, quienes no asuman lo que estas dos afirmaciones significan en modo alguno pueden autotitularse andalucistas.

ISIDORO MORENO
Catedrático emérito de Antropología